

Otros Obispos

○ *La Colegialidad de los Obispos, luminosamente manifestada en el Concilio Vaticano II y tan proféticamente vivida muchos años antes por Monseñor Larrain, como lo recordábamos en nuestra "Introducción", lo llevaba a asumir como algo muy propio todo lo que dijera relación a sus hermanos en el Episcopado.*

Por otra parte, los ideales que en ellos descubre y admira, las exigencias que les señala, por razón de su cargo en la Iglesia, no son sino el reflejo de sus propios ideales y de las exigencias que él asume.

EL NUEVO CARDENAL ARZOBISPO DE MILAN
DOM ILDEFONSO SCHUSTER (1)
(7 - IX - 1929)

El cable transmitía hace algunos días la noticia de haber sido designado Cardenal Arzobispo de Milán para suceder al llorado Cardenal Tosi, el abad de San Pablo extramuros Dom Ildefonso Schuster.

En la sede ennoblecida por Obispos tan insignes como un san Ambrosio y un san Carlos Borromeo, un Cardenal Ferrari y un Aquiles Ratti aparece ahora la austera figura de un abad benedictino.

Podría causar extrañeza la presencia de un monje en ese puesto que implica una vida activa tan intensa si no se conociesen las grandes dotes del pastor de almas que adornan a Dom Schuster: la santidad y la doctrina.

El Cardenal Schuster es aún joven, cuenta sólo 49 años. Nacido en Roma el 18 de enero de 1880, entró a la gran orden benedictina distinguiéndose pronto por sus grandes virtudes de religioso y por el vigor de su extraordinaria inteligencia unida a una profunda erudición. Ordenado sacerdote el año 1904 fue elegido en 1918 como Abad de San Pablo, teniendo a su cargo la insigne basílica de la vía Ostiense donde reposa el gran apóstol de los Gentiles.

En el campo de la liturgia el nombre de Dom Schuster era desde hace tiempo conocido por sus importantes publicaciones de éste género, especialmente su reciente obra notable, hace poco terminada "Liber Sacramentorum".

El autor trata en ella de dar a conocer íntimamente las riquezas contenidas en el Misal romano, que como él mismo dice en su prólogo, "es la obra más elevada e importante de la literatura eclesiástica, la que más fielmente refleja la vida de la Iglesia, el poema sagrado en el cual han puesto mano el cielo y la tierra". El "Liber Sacramentorum" no es solamente una obra de erudición ni tampoco un libro de piedad; por medio de interesantes datos históricos y arqueológicos, con profundas reflexiones sobre el valor teológico de los principales pasajes o de la doctrina espiritual que en ellos se encuentra contenida, el autor pone en evidencia el arte y la belleza del contenido místico del Misal romano.

A través de las eruditas páginas de la obra se siente vibrar el alma de su autor empapada en esos grandes ideales que han animado las al-

(1) *La Revista Católica*, pág. 436-38.

mas santas y grandes de todos los siglos; el amor a Jesucristo, a su Iglesia, a las tradiciones que la ennoblecen, a sus fórmulas sublimes de oración, al espíritu que las anima. El mismo nos declara en el prólogo que se

“ha guardado de analizar los formularios eucarísticos con la indiferencia del crítico que sólo tiene en cuenta lo arcaico del documento, me he acercado, en cambio, dice, con la temblorosa reverencia del creyente, que en aquellas páginas tan divinamente sublimes siente los latidos de mil generaciones de Mártires, Doctores y Santos los cuales más que idearlas o recitarlas, las han vivido”.

En los nueve volúmenes que forman la obra completa va analizando las Misas de las distintas épocas del año, señalando sus características principales y dando al mismo tiempo a conocer algunas fórmulas de oración caídas ya en desuso. El sabio y piadoso benedictino ha tratado en esta obra de acercar al pueblo a la oración pública y solemne de la Iglesia mostrando a los fieles las riquezas inagotables de vida espiritual contenidas en la sagrada liturgia. Obra de Docto y de sabio, pero sobre todo obra de apóstol.

Pero el monje estudioso y recogido en la oración y los altos estudios, se demostró hombre de acción, sagaz y enérgico cuando la voz de sus superiores lo llamó al trabajo activo.

A él se debe el resurgimiento de la histórica abadía benedictina de Farfa. Encargado por S.S. Benedicto IV y Pío XI, desempeñó como Visitador Apostólico la difícil y delicada misión de inspeccionar los seminarios de diversas diócesis italianas. Su perfecto equilibrio en medio de las grandes dificultades y delicadas circunstancias, su competencia aún en los asuntos de orden práctico, hizo destacarse la figura del humilde monje benedictino con esos rasgos que recuerdan a un san Bernardo que desde su retiro era llamado a intervenir en los asuntos de toda Europa.

A los ojos del mundo parecerá quizás paradoja lo que mirado con ojos de fe y a la luz de la experiencia de 20 siglos aparece con evidente realidad; las almas contemplativas son las que más profunda acción realizan en el seno de las sociedades; almas que irradian la vida sobrenatural que en ellas late vigorosa, almas que en el retiro y la oración forman esas personalidades potentes que dominan su siglo y hacen triunfar los principios que sostienen.

Basilio el Grande y Gregorio de Nacianzo arrancados de su retiro a orillas del Ponto para ser los padres de la Iglesia oriental y campeones de la fe ortodoxa, Gregorio el Grande que en silencio de su abadía sobre el monte Celio se prepara para ser el gran Pontífice de su siglo, Gregorio VII, el humilde monje de Cluny que domina la Edad Media con su figura gigante, Bernardo de Claraval, de quien se dijo que era el hombre más contemplativo y más activo de su siglo son otros tantos ejemplos que demuestran lo dicho anteriormente.

El nombramiento del abad de san Pablo como Cardenal Arzobispo de Milán junto con ser una honra especial para la gran Orden a la cual pertenece, parece ser un signo revelador del remedio necesario a los males de nuestro tiempo.

La admirable civilización cristiana del Occidente fue preparada en el retiro y la oración unidos a esa acción profunda que imprimía su sello en los individuos y naciones hasta hacerlos en el propio y hermoso sentido de la expresión "hijos de nuestra Madre la Santa Iglesia". Su restauración ¿no deberá realizarse de igual modo?

Acercando los pueblos a la fuente viva del espíritu cristiano es como podrá levantarse nuestra sociedad moderna agitada por todos los gérmenes de la corrupción y del odio.

La púrpura cardenalicia lucirá en el sabio y piadoso abad de san Pablo con el esplendor de los más brillantes príncipes de la Iglesia y con las características de los grandes conductores de pueblos y formadores de almas.

**BODAS DE ORO DE MONS. JOSE M. CARO,
CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO
(20-XII-1940)**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio Apostólico de S.S., Venerados Hermanos en el Episcopado. Venerable Cabildo Metropolitano, Sres. Sacerdotes, amados fieles en el Señor:

Hoy, sobre la inquietud de los tiempos brilla un gran signo de paz. Junto al cayado de su Pastor un pueblo entero se agrupa. Bajo el amplio manto de un corazón paternal las diferencias se borran, las pasiones se calman, los rictus del desprecio o del odio se trocan en sonrisa y en el fondo de las pupilas luce como un destello de esperanza la divina caridad que unifica y hermana.

Alrededor de la mesa del padre se han congregado los hijos "sicut novellae olivarum in circuitu mensae" (1) y una íntima comunión de espíritu los une a la emoción augusta con que este sacrificio se ofrece.

Hace cincuenta años que en un día como éste sobre el bendito suelo de Roma, junto a la tumba de Pedro, de donde al decir de san Cipriano (2) "brota la unidad del sacerdocio" un joven con manos temblorosas inmolaba por primera vez la víctima divina. Había en su mirada el destello de los grandes amores y en su actitud el gesto de las supremas donaciones. Era desde ayer "sacerdote del Dios Altísimo" y en ese frío

(1) Tr.: "Como brotes de olivo en torno a la mesa".

(2) Cipriano, San. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a comienzos del siglo III. Más que un hombre teórico fue un hombre de una actividad infatigable. Gran parte de su teología la debe a Tertuliano.

alborear del invierno romano venía con premura a ofrecerse con esa Hostia inmaculada todo entero a su Señor.

Y de esa oblación generosa y pura percibía Dios olor de suavidad.

Han pasado los años: medio siglo de desvelo y sudores han nevado las sienas y encallecido las manos del joven sacerdote de ayer, sus pies han evangelizado la paz en la pampa adusta y sus labios han anunciado en campos y ciudades el evangelio del bien. Ha sentido sobre sus hombros el dulce y terrible peso de las almas y sus brazos sostienen aún firmes y seguros el báculo del Pastor. Pero en el rodar del tiempo, de las cosas, su donación de otrora permanece y con el mismo amor en su mirada e idéntica generosidad en su gesto, sube hoy en su quincuagésimo aniversario las gradas del altar que alegra su juventud a renovar ante Dios su perfecta y total donación.

Y porque de este sacrificio todos nos sentimos partícipes y solidarios, porque de esta oblación del Pontífice la comunidad de los fieles percibe sus inmensos beneficios, porque entre tantas cosas que dividen hay una mano ungida que va uniendo corazones, un pueblo entero se congrega espiritualmente en estos instantes viendo en su obispo un gran signo de paz sobre los tiempos, un gran lazo de unión sobre los odios, un índice que seguro señala los derroteros a un pueblo que se agita en dolorosa transformación.

Porque, señores, la sublime misión del sacerdocio católico y especialmente de aquél que posee su plenitud es ésta: ser en medio del continuo fluctuar de los acontecimientos elemento perenne de espiritual renovación.

Cristo Nuestro Señor estableció su Iglesia santa sobre el fundamento de los Apóstoles y de sus sucesores los Obispos. A ellos les ha sido transmitido en plenitud el sumo y eterno sacerdocio de Jesús.

El Obispo ejerce entre el pueblo cristiano ese sacerdocio en el triple poder de enseñar, santificar y gobernar. Como Doctor conserva en su pureza y transmite en integridad el depósito de la palabra divina. Como Pontífice distribuye la gracia por los Sacramentos, de los cuales es ministro principal. Como Pastor conduce con su gobierno a las almas al fin supremo establecido por Dios. Maestro que esclarece, Pontífice que redime, Pastor que dirige, tal es en cada tiempo y en cada medio su augusta misión. Y porque en Vos, Venerado Hermano, la han visto plenamente cumplida, vuestros hijos quieren hoy tributaros este homenaje de su adhesión y lealtad.

Conocedor, sin embargo, de los sentimientos de vuestra alma debo ocultar vuestra persona y penetrando en el hondo significado cristiano que este acto encierra hablar sobre la misión que como Obispo y sacerdote os ha tocado llenar.

Para cumplir su misión de renovación espiritual del mundo, el Obispo es en primer lugar Maestro y Doctor de verdad. El pueblo cristiano vive de la fe y esa palabra divina es transmitida por el Obispo y los sacerdotes que en su nombre y con su autoridad la predicán. El amor de la verdad, dice el Espíritu Santo, debe estar sobre todo otro amor. Para disipar las tinieblas de error nació en primer lugar Jesucristo y su

venida significó en los siglos razón obscurecida por el vaho de innobles pasiones que llenaba la tierra, todo el extravío de la naturaleza caída alzaba su voz. Pero el Verbo, la verdad sustancial, la ciencia infinita del Padre, se hizo carne y habitó entre nosotros y Dios, que de diversos modos nos ha hablado, antiguamente a nuestros padres por los profetas, nos habló en los tiempos nuevos “*novissime diebus istis*” por su Hijo y su primer mensaje fue decirnos “*Ego sum veritas*”. Soy la verdad (3) y su postrer mandato fue repetir a los apóstoles “*euntes, docete*”. Id, enseñad (4).

El sacerdote es por excelencia el apóstol de la verdad. Es llamado profeta del Altísimo porque debe preparar sus caminos dando a su pueblo la ciencia de salud “*ad dandam scientiam salutis plebi ejus*” (5), quien lo escucha oye a Cristo, quien lo desprecia desprecia a Cristo que lo ha enviado. En el momento supremo Jesús rogó a su padre para que quedasen consagrados, inmolados, a la predicación de la verdad. La verdad del evangelio sin atenuaciones, la verdad de la Iglesia sin limitaciones es la que debe administrar. El día de su consagración episcopal, la Iglesia pronuncia sobre la cabeza del nuevo ungido esta sublime plegaria: “que ame la verdad y que no la abandone jamás ni bajo el imperio de la alabanza o del temor”. Su voz debe despertar en los oídos humanos ecos divinos y poseer su palabra vibraciones de eternidad.

Nada necesita tanto el mundo hoy día como el sonido augusto de la predicación sacerdotal. De la docilidad a esa voz depende el que encuentre su camino, en el cerrar los oídos a ella está la fuente de su perdición.

Y el Obispo, Maestro del pueblo cristiano, predica y enseña “no con palabras persuasivas de humano saber sino con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud” (6). Pero sabe que la verdad que posee no es suya, es Cristo quien se la ha dado, es su Iglesia a quien se la ha confiado. No puede por tanto ni transigir con ella ni atenuarla, ni poner la luz que debe estar sobre candelabro sacerdotal bajo el celémín de la prudencia o cobardía humana; él debe repetir al débil e indeciso mundo moderno que “la antorcha para sus pies y la luz para sus senderos” es sólo la palabra de Dios. Esa palabra que brotó límpida y serena de los labios de Cristo, palabra que escandalizó al fariseo y convenció al sencillo de corazón, palabra que resonó igual junto a las aguas tranquilas del lago y ante la turba blasfema que pedía su sangre, palabra que realizó un orden nuevo a despecho de los prudentes del siglo y que hoy a través de dos mil años sigue siendo la espada “*gladium spiritus*” que zanja las dificultades y mata los egoísmos que impiden la verdadera paz.

Por eso muchas veces el mundo moderno, el que gusta de las verdades disminuidas —“*veritates diminutae a filiis hominum*”— no quiere aceptar la palabra sacerdotal. Por eso también es necesario como nunca

(3) *Jn. 14, 6.*

(4) *Mt. 27, 19.*

(5) *Jn. 17.*

(6) *1 Co. 2, 4.*

en esta época escuchar los acentos de su voz. Los labios del sacerdote se entreabren sobre un mundo obscurecido para anunciar con firmeza todo el Evangelio y sólo el Evangelio, sus manos llenas de verdades se extienden sobre el inmenso surco para arrojar en él trigo de Dios, su voz sin vacilaciones proclama íntegra hasta sus últimas consecuencias así en cada época inserta el germen fecundo con el cual los pueblos se reaniman, dentro de su cause histórico y providencial.

Porque en tus labios, Venerado Hermano, siempre ha sonado ese acento, porque en tu predicación de 50 años en templos y Universidades han visto que “*verbum Dei non est alligatum*”, que no está amarrado con ataduras humanas el Verbo de Dios, por eso un pueblo entero se reúne junto a tu cátedra y en tu persona expresa a la Iglesia su confianza, segura que en sus doctrinas encontrará íntegra y viviente lo que tanto anhela: la verdad.

Pero junto a la verdad, que ilumina al mundo, necesita la gracia que redime y salva. El Obispo no sólo es Maestro sino Pontífice que distribuye al pueblo fiel las gracias redentoras de Jesús. Para ello una gran caridad, un amor que viniendo de Dios rebalse sobre sus hermanos, debe llenar su corazón. Como Cristo, el Sacerdote redime en amor.

La Voz de Pablo nos llega desde el fondo de los primeros tiempos cristianos para advertirnos que haciendo la verdad en la caridad creceremos en Aquél que es la cabeza, Cristo Nuestro Señor.

El sacerdote, más que otra creatura, viene del universal y profundo seno de nuestro Padre Dios, de la región donde la luz y el amor permanecen eternamente abrazados. Nacidos en la eternidad de una palabra de su alma divina, la caridad nos urge siempre y no nos deja sino el reposo del sacrificio que ha sido nuestra cuna. Y por esto junto con hacer brillar la luz de la verdad, el sacerdote rompe el pan del afecto dando no sólo su inteligencia, sino también su corazón. Porque debe redimir en amor ha de poner como base de esa redención la justicia que en ósculo santo ha de fundirse con la paz.

La Iglesia posee como precioso tesoro el sublime norte que su Fundador le señalara: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (7). Esa justicia individual y social que el mundo busca hoy día como supremo remedio a sus terribles males, olvidando muchas veces la fuente de donde brota: el Evangelio de Cristo concretado en las doctrinas sociales de la Iglesia.

Por la implantación de esas doctrinas que han de redimir en amor el Pontífice en cumplimiento de su misión debe trabajar y sufrir.

Con su palabra indiscutida de Maestro y su acción abnegada de Apóstol hace sentir al mundo moderno la necesidad de establecerse sobre los fundamentos insustituibles de la justicia y el amor. Hacer que esas doctrinas, que ningún católico que quiera llamarse tal debe desoir, se incorporen en las conciencias, penetren en las legislaciones, inspiren las costumbres y sobre todo hagan darse el abrazo de hermanas a las

(7) *Mt.* 6, 33.

clases sociales hoy divididas por egoísmos y odios destructores; es la más hermosa tarea redentora que puede llenar un corazón sacerdotal.

Al través de ese ideal hacer sentir a los obreros, a los que sufren, a los que llevan sobre sus hombros el peso del día y del calor, a los pobres de Cristo, privilegiados de su reino y predilectos de su corazón, que las enseñanzas sociales de la Iglesia, las admirables doctrinas de León XIII y Pío XI deben ser el arco iris de esperanza que les señale que en ellas no está lejano el día de su verdadera redención.

Pero el amor es fuerte hasta la muerte y la obra redentora del sacerdote no se consuma sino en la inmolación.

Sobre el altar, el Pontífice, ofrece la víctima divina, al que "habiéndolo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin" (8) dando de esta suerte la medida del apostolado de caridad. La Iglesia vive de dos principios: el sacrificio personal de Jesucristo y su sacrificio continuado en sus miembros. "Ni la Misa ni el martirio pueden entre nosotros cesar" (Mons. Gay).

Hay dos palabras que no podemos separar en nuestro ministerio y que Jesús tampoco quiso separar en su enseñanza: la primera dio nacimiento al apostolado: "ven, sígueme" (9), la segunda nos manifestó el secreto: "¿podéis beber del cáliz de mi pasión?" (10). Los solos labios que persuaden son los que se humedecen a menudo en el cáliz del Maestro.

El sacerdote redime en amor, pero en amor que culmina en sacrificio.

Y como de la muerte nace la vida, del grano brota la espiga y de la noche surge la aurora, de ese renunciamiento a sí mismo que hace el apóstol por la humildad, abnegación y obediencia germinarán las resurrecciones que repiten el "surge et ambula" (11) sobre los sepulcros que hieden de tantos Lázarus de nuestro siglo.

Así amó Cristo, "majorem charitatem nemo habuit", (12) así ama el sacerdote de corazón apostólico, así en 50 años, Venerado Hermano, has amado, buscando en la justicia, la caridad y el sacrificio la redención de tus hermanos. Por eso en esta hora tus hijos te rodean, porque al través de la bella lección de tu vida comprenden que en la justicia de Cristo, en el amor de Cristo y en el sacrificio de Cristo que la Iglesia en su sacerdocio les ofrece, encontrarán los pueblos el camino de su redención.

Si como Maestro el Obispo esclarece y como Pontífice redime, como Pastor dirige hacia Dios el rebaño confiado a su pastoral solicitud.

El cristiano, viviendo en el mundo, no participa del espíritu del mundo. Sabe que las creaturas presentes sólo valen en cuanto lo conducen a la eternidad. Para apartar al cristiano de los peligros y condu-

(8) *Jn.* 13, 1.

(9) *Mt.* 19, 21.

(10) *Mc.* 10, 38.

(11) Tr.: "Levántate y anda", *Mt.* 9, 5-7.

(12) Tr.: "Nadie tiene mayor amor".

cirlo a su fin eterno. "El Espíritu Santo puso a los Obispos a regir la Iglesia de Dios" (13). "Ellos velan, como que han de dar cuenta a Dios de nuestras almas" (14). Ellos con el suave y firme cayado del pastor, que el báculo episcopal simboliza, deben cuidar y defender su rebaño hasta conducirlo salvo "al gran Pastor de las Ovejas, Cristo nuestro Señor".

Por los caminos del mundo va el sacerdote, pastor de almas, misericordioso y paciente, orientando con las enseñanzas que destila su lengua y las bondades que arrancan de su corazón. Doquiera hay una oveja perdida va en su busca, donde una herida se abre va a curar el dolor. Incomprendido muchas veces, calumniado otras, olvidado las más, él pasa sereno en íntima unión con su Padre de los cielos haciendo de la voluntad divina su aliento y de cada acto de su vida una oblación.

Tiene una misión: distribuir la Vida. Cristo ha venido para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia. No la vida fugaz que perece sino la vida de Dios que siempre queda.

Y porque es Pastor es apóstol que gusta la infinita poesía de la vida en que se lucha por Dios. Y porque es pastor se entrega todo, dando si es necesario la vida por sus ovejas. Y porque es pastor y ama las almas para dirigir las hacia su salvación, su existencia se caldea por la caridad de Cristo que nos urge, su mente se ilumina por la belleza maravillosa de Dios que nos señala el origen divino de donde procedemos y las esperanzas de esa gloria celeste hacia la cual navegamos. Apóstol hoy, apóstol siempre, apóstol hasta la muerte y más allá de la muerte porque el pastor que así lucha y muere es árbol generoso que retoña en frutos de santidad. Porque es precisamente Venerado Hermano, la gran página que has escrito en tu vida apostólica, porque 50 años te han hecho pronunciar no tanto con los labios sino con la vida el "amaos los unos a los otros" (15) de Jesús, porque has sido pastor que en cada uno de tus actos has sabido encarnar la divina ley de caridad, hoy colocado sobre las pasiones que dividen, eres para tus hijos como un tranquilo remanso donde los hombres venidos de las más diversas tiendas pueden hallar en amor el don inapreciable de la paz.

Maestro, Pontífice y Pastor, cumples el programa que Cristo traza a sus ministros de ser continuadores de su sacerdocio de redención, y de este modo en la inquietud de los tiempos ser fuente de unión en la justicia y de reconstrucción en el amor.

Tal es, señores, la sublime misión del sacerdocio católico que en estos tiempos adquiere especial urgencia y relieve, tal el fundamento de su sobrehumana grandeza.

"Oh prodigio de magnificiencia incomparable, exclama el fundador de Sn. Sulpicio, oh incomparable dignidad del sacerdote, el cual como Jesús resucitado todo obra y realiza en la Iglesia con autoridad verdaderamente soberana. Al hablar del Verbo, dice Sn. Juan que todas

(13) *Hch.* 20, 8.

(14) *Jn.* 15, 12.

(15) *Jn.* 15, 17.

las cosas fueron hechas por El y sin El nada existe de cuanto puede existir. En cierto sentido mirando lo que por intermedio del sacerdocio se realiza en la Iglesia, puede otro tanto repetirse ya que el sacerdote es el principio de todo el bien que los hombres atesoran para la vida eterna y sin El ninguna gracia se comunicaría a las almas”.

En el día grande de tu sacerdocio, tu grey, venerado Hermano, comprende lo que para ella significa su Pastor y por eso con fervor de hijos rodea en esta mañana el altar donde ofreces una vez más tu sacrificio. Ricos y pobres, grandes y pequeños, niños y ancianos, quieren ser ofrecidos en la hostia que inmolas realizando en ella y por ella el gran misterio de unidad. Tus sacerdotes sobre los altares también ofrecen la mística víctima y unen a la oblación de su Pontífice su propia oblación. Hasta tu trono sube como incienso la plegaria de un pueblo que el Señor por tus manos retornará en bendición.

Tu corazón oprimido de dulces sentimientos murmura una vez más el salmo de la gratitud —“quid retribuam”?— (16). Tu mirada se clava en el pasado para renovar el gran momento de tu primer sacrificio. Lo que en él pediste, las almas, la gloria de Dios, el luchar por su Iglesia se ha cumplido.

Con la misma fragancia de emoción que entonces, vuelves a repetir junto al altar lo que en ese día dijiste a tu Señor y al levantar dentro de poco la hostia inmaculada todos sentiremos que la plegaria del padre penetra las alturas y que esa hostia, una vez más, cantará en tus manos la gloria de Dios en lo más alto de los cielos y traerá a la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

(16) Tr.: “¿Qué retribuiré?”, *Sl.* 115, 12-13.

AGONIA DEL CARDENAL CARO UNA PALABRA AUGUSTA (18-XI-1959)

Las palabras pronunciadas por Su Eminencia el Cardenal Primado al recibir el Santo Sacramento de la Extremaunción, han repercutido hondamente en los corazones de todos los chilenos. Pero, de un modo especial han encontrado eco en todos los sacerdotes y seglares que miran en la A.C. la respuesta providencial de Dios a los males del mundo actual.

Desde su augustó lecho de enfermo, Su Eminencia ha querido recordárnoslo. Es una nueva prueba de afecto, solicitud y comprensión que la Acción Católica Chilena recibe del Emmo. Cardenal Caro.

En mi calidad de Asesor General de la Acción Católica, junto con expresar la emocionada gratitud por las palabras de Su Eminencia, creo oportuno recordar en estos momentos un Documento emanado de todo el Episcopado Nacional en el año 1952, y que lleva la firma de Su Eminencia el Cardenal Caro en su calidad de Presidente de la Conferencia Episcopal.

El Documento, titulado "Llamado al Deber Apostólico", dice así: "La Conferencia Episcopal en su última reunión tenida en Santiago, el pasado mes, ha juzgado necesario hacer el siguiente llamado a todos los católicos de Chile en orden al cumplimiento de sus deberes apostólicos.

1) El católico debe tener en forma clara "el sentido de la Iglesia". Saber que pertenece a Ella. Sentir que es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo. Que nada de lo de la Iglesia le es extraño. Que no sólo debe vivir la vida sobrenatural que Ella le entrega, sino irradiarla y comunicarla a su alrededor.

2) El seglar católico, cualquiera sea su condición o actividad, tiene una misión apostólica que cumplir. En esta hora del mundo esa misión es indispensable e irremplazable, y, podemos añadir, decisiva. "Es de una necesidad urgente, dice S.S. Pío XI, el que los seglares vengan a tomar su parte en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (1).

La Acción Católica es, según S.S. Pío XII "la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia" (2). "Es el apostolado de los fieles que, bajo la conducta de sus Obispos, se pone al servicio de la Iglesia y la ayuda a cumplir íntegramente su ministerio pastoral" (3).

Es la colaboración oficial del seglar católico en la misión redentora de la Iglesia bajo la guía de la Jerarquía.

4) En los momentos que el mundo y nuestra patria viven, ese apostolado se hace sentir de una manera especial.

"Es la hora de la acción, ha dicho Su Santidad. Y no de una acción cualquiera, sino de una acción que, viniendo de la Iglesia lleve a los espíritus el mensaje de Verdad que Ella posee, y la corriente de vida divina que Ella distribuye".

Los ambientes se han paganizado. El hombre moderno respira a pleno pulmón el aire malsano del materialismo, del ateísmo, del naturalismo. Para cambiar estos ambientes se necesita un remedio colectivo, aplicado por los seglares mismos y a la escala misma del mal que se quiere curar. Ese remedio es la Acción Católica.

La Acción Católica, ha dicho S.S. Pío XI, es el remedio específico a los males del mundo moderno".

(1) A los Filipinos.

(2) Pío XII, octubre 1951.

(3) Pío XI, 15 de agosto, 1929.

5) El Episcopado Chileno, fiel a las normas pontificias y consciente de la gravedad apostólica del momento, alabando todas las formas diversas de apostolado que florecen en la Iglesia, y sin excluirlas, declara que por sobre toda acción, quiere la Acción Católica a quien por orden de dignidad y excelencia, de necesidad y urgencia, corresponde el lugar primero y oficial entre las obras apostólicas del laicado.

Los Párrocos recuerden que “la Acción Católica forma parte integrante del ministerio pastoral” y en consecuencia su descuido constituye una grave omisión pastoral. Los sacerdotes todos recuerden las palabras de S.S. Pío XI: “La suerte de la Acción Católica está en manos de los sacerdotes”.

Los Colegios Católicos no pueden decir cumplida su alta misión educadora si no forman a sus alumnos en este espíritu apostólico.

“La formación al Espíritu de apostolado propio de la Acción Católica, ha dicho Su Santidad Pío XII, ha llegado a ser un elemento *esencial* de la educación en estos tiempos modernos”.

6) La Acción Católica debe formar apóstoles de sólida doctrina, de intensa vida interior, de ardiente caridad, capaces de obrar y transformar los ambientes en que viven y ser para sus parroquias los colaboradores insustituibles de la acción del sacerdote. Es la Acción Católica la que bajo la guía de sus Párrocos hará de cada Parroquia una comunidad viviente, apostólica y misionera, donde los hijos de Dios puedan vivir su alta vocación sobrenatural. La Conferencia Episcopal está cierta al hacer este llamado que todos los católicos chilenos, Clero secular y regular, educadores y fieles, sabrán comprender cada vez mejor el alto significado que la Acción Católica encierra y responder a este llamado al deber apostólico que por el futuro cristiano de Chile les hacemos.

La palabra que en nombre de la Jerarquía Chilena, pronunciara hace tres años nuestro Cardenal, adquiere hoy, al hablar desde su lecho de enfermo sobre la Acción Católica un inmenso relieve y trascendencia.

En esta hora de ansiedad en que todo Chile vela alrededor del augusto enfermo, sepamos, a la luz de este documento, penetrarnos del hondo sentido que tienen las palabras pronunciadas por el Eminentísimo Cardenal Caro, al recibir la Santa Extremaunción.

Sea la comprensión de ellas y la voluntad de ejecutarlas la mejor respuesta a tan alto y paternal llamado.

MONS. JOSE IGNACIO CIENFUEGOS
AGRADECIMIENTO POR HOMENAJE RENDIDO (1)
(9-XI-1945)

Talca, noviembre 8 de 1945.

Sr. Don

Vicente Ignacio Rojas

Director de "La Mañana"

PRESENTE.—

Muy estimado Sr. Director y amigo:

Quiero por estas líneas expresarle en nombre propio y en el de la Iglesia mis más sinceros agradecimientos por el bello homenaje tributado hoy en "*La Mañana*" a la memoria del Excelentísimo Sr. José Ignacio Cienfuegos (2), en el centenario de su muerte.

Cuando en días pasados se reunió en mi casa un grupo de amigos para estudiar las actividades con que se podría celebrar este aniversario, todos estuvimos de acuerdo en la importancia que tendría el homenaje que por medio de las páginas de "*La Mañana*" pudiera tributársele.

Dicho homenaje por la calidad de los artículos supera cuanto habíamos imaginado y nos hace acreedores hacia Ud. de nuestra más profunda gratitud.

Fue la figura del Excmo. Sr. Obispo Cienfuegos una bella y acabada síntesis de las virtudes del cristiano y del patriota y una expresión tangible de la obra que la Iglesia ha desarrollado en nuestra Patria.

Como patriota luchó denodadamente porque la independencia de Chile se consolidara y puso al servicio de esa idea todas las fuerzas de su talento y energía. Como sacerdote trabajó apostólicamente para que las virtudes cristianas, sin las cuales no hay prosperidad posible, se arraigaran más y más en nuestra tierra.

Como hijo de la Iglesia y amante de su Patria continuó, en forma magnífica, la tradición de progreso intelectual y asistencia social que desde los lejanos años de la Conquista hasta nuestros días la Iglesia, sin

(1) Aparecido en *D.M.*

(2) Cienfuegos, Juan Ignacio (Santiago 1762 - Talca 1845). Fue párroco de Talca. Tuvo activa participación en la Independencia de Chile. Se le envió como representante de la República ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1829.

desmayar, ha realizado. El Liceo de Talca y el Hospital de la ciudad son testimonio de esa acción.

Las incomprendiones que pudo sufrir en Chile no hicieron sino aquilatar sus virtudes, y ellas mismas le depararon la satisfacción de la especial confianza que los Pontífices León XII y Gregorio XVI le dispensaron. El tiempo, que todo lo aclara, ha venido a confirmar la clarividencia de Cienfuegos.

La ciudad de Talca que recibió más que ninguna otra la rica semilla de sus virtudes debe aún dar homenajes a este gran patriota y prelado; la erección de un monumento en la Plaza que lleva su nombre y la trasladación de sus restos a la cripta de la futura Catedral.

Esperamos la gratitud de Talca haga posible en fecha no lejana, tan justicieros actos de recuerdo.

Renovándole la expresión de mis agradecimientos por el bello homenaje de "*La Mañana*" al Excmo. Sr. Cienfuegos, quedo como su affmo. amigo y Cap.

MONS. JOSE IGNACIO CIENFUEGOS
PROXIMA SEPULTACION EN LA CATEDRAL DE TALCA (1)
(30-VIII-1954)

Talca, 30 de agosto de 1954.

Señor don
José Z. González
Presente.

Mi distinguido amigo:

He leído con toda atención su interesante artículo en memoria del Illmo. Obispo don José Ignacio Cienfuegos, alta figura nacional y gloria muy pura de esta ciudad de Talca. Lo felicito sinceramente por la noble labor patriótica que con ello realiza dando a conocer figuras olvidadas de nuestra historia patria.

Dice Ud. en su artículo de hoy, que no se supo más después del terremoto de 1928, ni de los restos del Excmo. Monseñor Cienfuegos ni de la placa que sobre ellos colocó en 1927 el Liceo de Talca "¿Dónde se encuentran hoy día?", se pregunta Ud. con legítima y patriótica angustia.

(1) *D.M.* Esta carta dice relación a la sepultación a realizarse el 4 de octubre de ese año.



Manuel Larrain, estudiante de Derecho, en la Universidad Católica, junto a una de las puertas del establecimiento. Volverá a ella, como sacerdote, siete años más tarde

Con el mayor agrado voy a responderle. Destruído el Templo de Santo Domingo en 1923, los Padres Dominicos habilitaron una pequeña capilla provisoria en la parte del Convento que da a la plazuela, colocaron los restos del Excmo. Monseñor Cienfuegos (2) y del R.P. Gatica (3) que se guardaban bajo el altar mayor de la destruida iglesia. Al retirarse los Padres Dominicos de Talca y pasar el Convento al Obispado, los restos antes mencionados fueron depositados provisoriamente en el Mausoleo de los socios de San José en el Cementerio de Talca. En 1951 el que suscribe solicitó y obtuvo permiso de la Santa Sede para trasladar a la cripta de la nueva Catedral de Talca los restos de su primer Obispo Diocesano, Excmo. Mons. Carlos Silva Cotapos sepultado en Santiago y los del Excmo. Mons. Cienfuegos. Con ocasión de celebrarse los 25 años de la fundación de la Diócesis, en diciembre de 1951 y presidido por el Emmo. Cardenal Caro, se dio sepultura solemne a Mons. Silva Cotapos en la cripta de la Catedral. Ahí están también depositados los restos de Mons. Cienfuegos a los cuales, Dios mediante, se les dará solemne sepultura el próximo 4 de octubre en ceremonia que presidirá el Excmo. señor Nuncio de Su Santidad.

He deseado invitar para esta ocasión al Nuncio Apostólico, entre otras razones, porque Mons. Cienfuegos presidió la primera Misión Diplomática, que el Gobierno de Chile envió a la Santa Sede y es el único prelado chileno que ha recibido la Consagración Episcopal de manos del Santo Padre, en aquel entonces S. S. Gregorio XVI.

En cuanto a la placa obsequiada por el Liceo de Talca, está colocada sobre la modesta urna que guarda los restos del Obispo Cienfuegos.

Creo haber respondido con estas explicaciones a su pregunta que me da ocasión para invitar desde ahora a todos los talquinos a los homenajes que, en la fecha indicada, rendiremos a esta gran figura nacional y de nuestra tierra.

Me suscribo como su atto. amigo y Prelado.

(2) Cienfuegos, Juan Ignacio. (Santiago 1762 - Talca 1845). Fue párroco de Talca. Tuvo activa participación en la Independencia de Chile. Se le envió como representante de la República ante la Sta. Sede y obtuvo el envío de la Misión Muzi. Fue consagrado Obispo en 1829.

MONS. CARLOS SILVA COTAPOS
ORACION FUNEBRE POR SU MUERTE (1)
(XI-1941)

I

Con la augusta serenidad en que envolvió toda su vida, se ha dormido dulcemente en el Señor.

Había amado la justicia como norma y divisa suprema de su ministerio, "justitiam dilexit" (2), y sólo le restaba aguardar confiado la corona que el Justo Juez debía otorgarle en el postrero día.

Sacerdote del Dios altísimo, era necesario que su admirable vida sacerdotal se consumara en este supremo holocausto, dejándonos así el confortante recuerdo de sus virtudes. Y hoy ante sus restos nos detenemos como ante una cátedra para escuchar, no ya de sus labios, sino de su existencia toda, la armoniosa lección de una vida consagrada por entero al servicio de su Supremo Dios.

I I

Nació el Excmo. Sr. Carlos Silva Cotapos, el 10 de mayo de 1868 en la ciudad de Talca, en una familia donde se hermanaban la distinción y la virtud. En esa incomparable escuela del hogar cristiano se delinearon las cualidades que habrían de destacarse al correr de los años: su piedad, su rectitud, su visión clara y serena de los hombres y de los problemas, el cumplimiento austero e inflexible del deber.

Era el Excmo. Sr. Silva Cotapos un bello exponente de ese Chile antiguo de firmes principios y agudo sentimiento de la realidad, que por desgracia nuestra, va rápidamente desapareciendo; de esos seres que las apariencias no seducen ni la bagatela los fascina, que en el fluctuar de las cosas terrestres saben que si los hombres cambian los principios permanecen, para quienes la satisfacción de su conciencia es el único aplauso

(1) Silva Cotapos, Mons. Carlos. Precedió a Mons. Larraín en el Obispado de Talca, del que fue su primer Pastor, entre los años 1925-38.

Apareció esta Oración Fúnebre en *La Revista Católica*. Santiago, noviembre 1941, pág. 514-17.

(2) Tr.: "Amó la justicia".

que ambicionan y que en silencio fecundo van colocando las bases de un verdadero progreso, cimentado en la justicia y realizado en la verdad.

Esas cualidades que hicieron grande nuestro suelo él las había bebido en las lecciones incomparables de un hogar católico. Más tarde, el estudio apasionado de la historia, poniéndolo en contacto con los forjadores de nuestra nacionalidad, ayudaría a formarlo en esta escuela, de nuestro Chile auténtico y cristiano.

Sus estudios, iniciados en la histórica ciudad de sus mayores y completados en el colegio de los Sagrados Corazones de esta capital, sirvieron al mismo tiempo para perfeccionar su espíritu y revelar sus altas cualidades intelectuales. Su carácter equilibrado y justiciero lo inclinaba al estudio del Derecho que cursó hasta recibir su título de abogado, pero las aspiraciones secretas de su corazón, el ansia de elevación y de bien que ardían en su alma, lo llevaron a abrazar el sacerdocio. Había sentido la misteriosa y seductora voz del Maestro que murmuraba el "ven y sígueme" de las sublimes vocaciones. Y él, como los apóstoles, tranquilo y resuelto, dejadas todas las cosas, seguía a Jesús.

Y su vida en todos sus múltiples aspectos y diversos ministerios fue un continuo peregrinar tras las huellas de Cristo para hacer real y viviente en medio de los hombres su figura.

Fue maestro de juventudes. Y las aulas del Pontificio Seminario y de la Universidad Católica recordarán siempre las nítidas lecciones del profesor de Derecho Canónico que, en sobrias y precisas palabras, formaba las mentes de sus discípulos en las altas disciplinas jurídicas.

Su prudencia y cultura lo llevaron al gobierno eclesiástico de la Arquidiócesis, colaborando en la Curia de Santiago con los Excmos. señores Arzobispos Casanova (3) y González Eyzaguirre (4) en los cargos de Promotor, Secretario y Provisor, sucesivamente, y en esa labor silenciosa y abnegada, muchas veces desconocida en toda su trascendencia y amplitud, fue el consejero discerto, el brazo ejecutor y sobre todo el hijo fidelísimo de aquellos grandes prelados a quienes tanto debe la Iglesia en nuestra patria.

La fidelidad a la memoria de sus prelados que en el Excmo. señor Silva Cotapos, no era sino la expresión de su admirable rectitud moral, era algo que en realidad impresionaba. Con frecuencia le oíamos esta frase que para él tenía el significado de un mandato: "así lo hacía don Mariano"; y en esa sencilla expresión iba envuelta la lección aprendida al que miraba como maestro de su sacerdocio y el afecto filial a su memoria.

(3) Casanova, Arzobispo Mariano. 1833-1908. Siendo Arzobispo de Santiago en 1887. Celebró un Sínodo. Fue propulsor del Concilio plenario para América Latina en Roma en el cual participó. Tercer Arzobispo de Santiago. Fundó la Universidad Católica de Chile.

(4) González Eyzaguirre, Arzobispo Juan Ignacio. Sucesor de Mons. Casanova. Dio especial empuje a las obras sociales católicas en favor de obreros y campesinos.

Investigador apasionado de la historia eclesiástica de Chile, los momentos libres de las actividades de su ministerio los dedicaba a aquellos prolijos y concienzudos estudios de que dan testimonio sus numerosas obras que lo colocan como uno de los principales historiadores eclesiásticos de nuestra patria.

Un nuevo campo se abría en 1918 a la actividad sacerdotal de Monseñor Silva Cotapos: el Vicario de Cristo lo llamaba a ocupar la Sede episcopal de La Serena, vacante por el fallecimiento del Excmo. señor Ramón Angel Jara (5). Con ese sentido profundo del deber que caracterizó toda su vida, él aceptó sin vacilar la dura carga y se consagró a ella con toda la fuerza de su espíritu.

Las pesadas visitas pastorales y las múltiples solicitudes que el gobierno episcopal lleva consigo encontraban siempre al frente al pastor abnegado que nunca rehusó trabajo por el ideal al cual había consagrado su existencia. La Diócesis de La Serena guardará emocionada el recuerdo del prelado que supo hacerse todo para todos para ganar a todos para Cristo.

La Santa Sede venía en crear en 1925 la nueva diócesis de Talca y como su primer pastor elegía al entonces Obispo de La Serena, Monseñor Silva Cotapos. La tierra que había mecido su cuna y había guardado los restos de sus padres, iba nuevamente a recibirlo y él llegaba hacia esos lugares aromados por los recuerdos de la infancia con el corazón dilatado en los más delicados sentimientos. La ardua labor de organizar una diócesis no le arredraba. Sabía que quien trabaja por Dios nada teme y con esa confianza como apoyo, iniciaba en nombre del Señor su tarea.

Por doce años vieron las tierras de Talca y Curicó cruzar su blanca figura. No conocía el cansancio por el servicio de su grey. Las duras pruebas del terremoto que destruyó su diócesis no amenguaron la fuerza de su espíritu. Firme en su puesto, era el centinela que guardaba día y noche la ciudad.

El trabajo silencioso, no por eso menos fecundo, de crearlo todo en una diócesis en formación, debilitaron al fin sus fuerzas físicas y el obrero infatigable sintiendo ya su obra realizada, al caer la tarde, se sentó a descansar.

No era su renuncia el cobarde rechazo de nuevas labores, sino el gesto del sembrador que se detiene a mirar el surco trazado por su mano y fecundado por su sudor.

Y en ese retiro oyó ayer la voz que llamaba; "Siervo bueno y fiel entra en el goce de tu Señor" (6). Y dócil una vez más a la divina voz que dirigió su vida, con la sensación de plenitud en su existencia su alma voló anhelante al ansiado y eterno abrazo con su Dios.

(5) Jara, Mons. Ramón Angel. Nació el 2-VIII-1852. En 1874 abandona el estudio de Leyes y entra al Seminario. Es ordenado sacerdote en 1896. Obispo de Ancud en 1896 y poco después Arzobispo de La Serena, donde muere el 9-III-1917. Fue un gran orador.

(6) *Mt.* 25, 21.

I I I

Nosotros, aquí entre tanto, quisiéramos resumir como en un haz los mil rayos, dispersos de su vida y al hacerlo, un pensamiento nos parece como central en su existencia, el que escogió divisa de su escudo y que representa la síntesis de su obra: "amó la justicia". (*Justitiam dilexit*). Justicia del hombre para con Dios. Justicia del hombre para con el hombre. Dar a cada uno lo que es suyo. Admirable. ¡Qué hermoso ideal para ennoblecer una vida!

Y ¿qué otro podía caber en el equilibrio privilegiado de su mente y en la rectitud exquisita de su corazón?

El mal fundamental de que padece nuestro mundo moderno es la injusticia. Al negarle a Dios sus derechos tampoco se han respetado los del hombre, y sobre la negación de derechos humanos y divinos ningún régimen estable puede prosperar.

El Excmo. señor Silva Cotapos sentía que la restauración cristiana que anhelamos es, ante todo, obra de justicia y por eso la amó hasta constituir la como anhelo supremo del ministerio pastoral.

Su amor a la justicia explica la piedad sencilla y serena de su alma. El debía darle a Dios el suspiro más íntimo del corazón y se lo daba plenamente. La piedad, ese perfume que embalsama la vida del hombre y en especial del sacerdote, era el más bello rasgo de la personalidad de Monseñor Silva Cotapos. La piedad brota en él como brota el frescor de la fuente, algo natural y limpio, ajeno a todo rebuscamiento y artificio. Era su piedad la robusta, viril y tradicional de nuestro clero. Piedad profunda que se alimenta del dogma, ajena a todo sentimentalismo enfermizo, piedad litúrgica que se nutre de la savia riquísima de la oración de la Iglesia. ¡Con qué devoción el gran Obispo que lloramos, celebraba cada mañana, al rayar el alba, el Santo Sacrificio de la Misa, con qué prontitud y reverencia recitaba el Divino Oficio! El sentía que como pontífice era mediador entre Dios y los hombres y que ésa, su plegaria y oblación, eran el cumplimiento de un gran deber individual y social de justicia ante el Señor.

Su amor a la justicia explica igualmente la rectitud inquebrantable de su conciencia. Nada doble o fingido cabía en su mente. La verdad y toda la verdad sin subterfugios ni paleativos, porque como Cristo podía decir: "Que para eso había nacido y venido; para dar testimonio de la verdad".

Ese amor a la justicia era el nervio que movía su cumplimiento austero e inflexible del deber. La voz del Maestro "que el que no toma cada día su cruz no puede ser su discípulo" se traducía en el abrazarse con su deber hasta sus últimas consecuencias. Su escudo episcopal simbolizaba este pensamiento; una gran cruz que lo llenaba por entero y por bajo el lema "*justitiam dilexi*". Hermosa vida que tiene el elevarse de la cruz hacia el cielo, el hincar como la cruz sus raíces en las profundidades y el amplio llamado de sus brazos abiertos que en el amor a la justicia parecen estrechar en su regazo la humanidad toda entera.

Hoy se rinde la justicia del afecto y del dolor al que supo amar con verdad la justicia.

Los que la sangre, el afecto o la gratitud acercó a él, hoy lloran su ausencia, con ese llanto resignado de los que tienen esperanza.

Lo llora especialmente su diócesis de Talca, la que lo entregó a la vida y recogió sus últimos esfuerzos, la que se sintió comprendida por uno de sus hijos y amada entrañablemente por su primer pastor.

Para el que un día, cuando sintió su mano cansada de bendecir, quiso asociar a su gobierno pastoral, al que recibió por su intermedio la plenitud del sacerdocio y encontró abierto por su sacrificio el surco acogedor, su muerte es dolor de horfandad y aliento vivificante que le dice que por esas huellas benditas debe él también caminar.

“Justitiam dilexit. Amó la justicia y la cumplió íntegra en su vida y envuelto en el manto de esa justicia descansa eternamente su alma escogida, en el amor infinito de su amor.

MONS. JUAN SUBERCASEAUX.
CONMEMORACION DEL 10º ANIVERSARIO DE SU MUERTE (1)
(1952)

Un recuerdo siempre vivo, y un afecto, que el tiempo no ha logrado extinguir, nos congrega hoy en este templo.

Los años transcurridos no han borrado la escena que en un agosto de 1943, con los ojos empañados, contemplamos, junto a los despojos mortales del Excmo. Arzobispo de La Serena Mons. Juan Subercaseaux.

Con la suave sonriza de la paz ya adquirida dormía bajo las bóvedas de su templo Catedral el eterno sueño.

La muerte, que destrozó su frágil vaso terreno, no alcanzaba hasta las profundidades de esa alma, siempre desbordante de armonía y paz.

Revestido de sus paramentos pontificales, se presentaba ante nuestros ojos, nublados por las lágrimas, como aquellas estatuas yacentes de guerreros que en las viejas abadías medioevales siguen velando, más allá de la muerte, las armas con que combatieron por su ideal.

(1) Mons. Juan Subercaseaux nació en Santiago en 1894. Fue ordenado sacerdote en Roma en 1920. En 1926 fue nombrado Rector del Seminario Pontificio de Santiago, que rigió hasta 1935, en que fue consagrado Obispo y designado en la Diócesis de Linares. En 1940 es nombrado Arzobispo de La Serena, donde muere trágicamente dos años más tarde.

Así lo vimos por vez postrera una helada mañana de agosto. Y junto a ese féretro, recogimos, en esta hora dolorosa, la gran lección que resumió su vida. Era el buen “soldado de Cristo Jesús (2) de quien hablaba el Apóstol, el que ahí reposaba, el que como su Maestro “amó a la Iglesia y se entregó por ella” (3), el que le consagró las mejores energías de su vida, para encontrar la muerte en su servicio y el que después de haber “peleado el buen combate” iba, pleno de humildad, a recoger la eterna corona de manos de su Señor.

Y al reunirnos hoy en su recuerdo, en este Templo del Pontificio Seminario de los Stos. Angeles, el que escuchó sus plegarias de adolescente y sus lecciones imborrables de maestro de apóstoles, no he creído poder ofrecer a vuestra consideración otro pensamiento, que el bebido hace diez años junto a sus restos queridos, como su última, elocuente y perdurable lección: “Amó a la Iglesia y se entregó por Ella”.

Nació el Excmo. Sr. Subercaseaux Errázuriz bajo el signo de una ardiente devoción a la Iglesia. Era su hogar, el de los viejos tiempos idos, donde el sentido cristiano impregnaba el ambiente de pureza, elevación y caridad. La sombra del gran Arzobispo Valdivieso proyectaba más allá de la muerte su recia personalidad de paladín de la causa de Dios y se reflejaba en esos sobrinos que amaba con singular predilección. El Padre, que en su “Genio de Roma”, expresó todas las delicadezas de su alma de artista y de creyente y aquella mujer superior, que en sus páginas de *Roma del alma* había vaciado todo su ardiente y apasionado amor a la mística esposa de Cristo, parecían haber transmitido íntegro, en el pecho de su hijo ese altísimo ideal.

Siempre, junto a la cuna del hombre que ha de cumplir una gran misión en la vida, encontramos las manos amantes de unos padres cristianos que encauzan su existencia y van modelando el alma en aquellas virtudes que han de constituir su futura personalidad y verdadera grandeza.

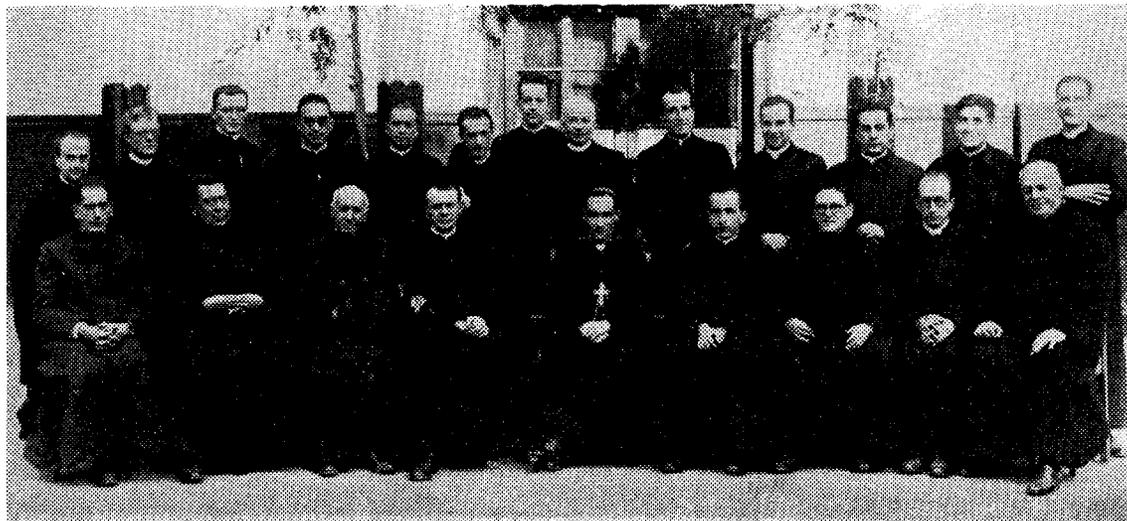
Así, pudo más tarde escribir Cons. Subercaseaux: “A mis padres, después de Dios, lo debo todo, pero especialmente a ella, a mi madre venerada y amadísima, modelo admirable y bendito de madre santa”.

Y ella ponía en la mente del adolescente el gran ideal que alimentó su vida: su devoción ardiente por la Iglesia.

Formación purísima del hogar por padres que comprenden su sagrada misión de educadores, y maravillosa conjunción de dones humanos y divinos eran los gérmenes que, años más tarde, en magníficos frutos, formaría la personalidad del gran Prelado, cuya prematura partida la Iglesia y la Patria han amargamente llorado. La sangre recia del navarro le daba la visión realista de la vida, la firmeza del carácter, la tenacidad en la acción. El espíritu de Francia le comunicaba el sentido exquisito de lo bello, la palabra chispeante, la ternura del corazón. Más tarde, su for-

(2) 2 *Tm.* 2, 3.

(3) *Ef.* 5, 25.



Junto a Mons. Subercaseaux, recién consagrado Obispo y los superiores del Seminario Pontificio de Santiago

mación, le daría el equilibrio armonioso del genio latino y ese sentido de perennidad que fluye de la ciudad eterna. Y sobre todo su amor a la Iglesia, hecha idea matriz de su espíritu, enriquecería sus dones naturales con los resplandores de esa fe que brota de la "columna y fundamento de la Verdad".

Dios premió la solicitud de los padres y la correspondencia del hijo, con la mayor gracia que otorga al hombre: la vocación al sacerdocio. Y el que había de ser apóstol de amor a la Iglesia, recibió en ese don la confirmación del hondo sentido cristiano que había dado a su vida: "Amar a la Iglesia y entregarse por Ella".

La madre cristiana y el hijo sacerdote fundían así en el altar su común vocación por la Iglesia de Cristo, y en delicadísimas páginas que retratan sus dos corazones encendidos en ese mismo amor, el hijo hablaría así:

"Ella me condujo al Seminario aun a despecho de las consideraciones de la prudencia humana. Mujer fuerte, su confianza no desmayó jamás, y me sostuvo en el momento de la prueba; mujer sabia, sus consejos iluminaron el largo y a veces penoso camino que, como todo sacerdote, hube de recorrer antes de llegar a la Montaña Santa; mujer virtuosa, sufrió y oró, oró mucho, con lágrimas a veces, a veces con expansiones de íntimo regocijo ante las bendiciones del Señor, oró siempre con el ardor y la fe inquebrantable de las almas grandes".

Y la oración de la madre, junto a la entrega generosa del hijo, hacían que una mañana triunfante de Resurrección, en esa primavera romana toda luz y toda aromas, un nuevo sacerdote, pálido por la emoción pero firme en su paso, subiera las gradas del altar del Dios que alegró su juventud a repetir en forma más oficial y solemne su oblación, porque como su Maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

Mieses que blanquean para la divina cosecha, almas que gimen sedientas de vida eterna, niños que piden el pan de la verdad y no hay quien se los rompa, ansias de altura y hambre de Dios; todo esto llegaba en confuso clamor al corazón del nuevo sacerdote, y comprendió que nuestra época no era tan sólo de crisis material, sino de haberse apartado de la Iglesia, la única que puede orientar al alma inquieta para reposar en Dios.

Sólo la Iglesia posee el sentido de la perdida felicidad. Solamente Ella puede dar al hombre su derrotero en la jornada, sólo en su misterio divino encontraremos la belleza en la paz.

Hacer que los cristianos vivan la Iglesia, que cada miembro del Místico Cuerpo de Cristo tome conciencia de su destino sobrenatural, que las gracias depositadas por Dios en ella, desciendan a los fieles como el rocío del Hermón, es la obra más alta y más noble a que un hombre, y sobre todo un sacerdote, puede consagrar su existencia.

Y habiéndolo él, con luz de Dios comprendido así: “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”. Predicación de la verdad, esplendor del culto, apostolado entre los humildes y los niños, acción intensa bajo múltiples formas, tendrá para él un único sentido: la Iglesia, por la cual trabaja, vive y sufre.

El Señor, que se ha elegido ese apóstol, quiere infundir en él la plenitud de su poder. El Espíritu Santo lo ha adornado con la riqueza de sus carismas y haciéndolo Pontífice, ha puesto sobre sus espaldas el dulce y terrible peso del cargo pastoral.

El, que amó a la Iglesia desde su edad primera, una vez más está dispuesto a entregarse por Ella en total donación.

Campos y montañas de Linares y Maule, Coquimbo y Atacama, verán pasar la silueta erguida del Pastor, severa en su apariencia y destilando inmensa bondad su corazón.

Ni el frío le arredra, ni la lluvia lo detiene, ni montes ni ríos impiden su rudo peregrinar. Debe velar la porción del rebaño confiado porque así probará, en forma tangible y positiva, que, como su Maestro, “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”.

Y llegó el día en que el Señor lo llamaba. La mina clavada en la montaña está lejos. Es áspero el sendero y la muerte ronda en sus abismos. La prudencia humana quisiera detenerlo, pero su vocación más fuerte, lo empuja. Es la Iglesia la que hay que llevar hacia esos riscos, la Iglesia que en su Jerarquía adoctrina, santifica y guía. La Iglesia en su Pastor, que como el de la evangélica parábola, ha de estar pronto a dar su vida por sus ovejas.

Y parte tranquilo para el viaje sin retorno.

Sobre las ásperas rocas yace un cuerpo de Obispo destrozado. Ha caído en cruz con los brazos abiertos para decir en su gesto postrero que como su Maestro “amó a la Iglesia y se entregó por Ella”. Y esa vida iniciada bajo el signo de la Iglesia, encuentra así, en su servicio hasta la muerte, su máxima expresión.

Sí, el gran Arzobispo de La Serena, el amadísimo Prelado de Linares, el inolvidable Rector del Seminario de Santiago, el maestro de la ju-

ventud, el amigo tierno de los niños, el humilde vicario cooperador de S. Miguel, nos deja esta lección: el amor a la Iglesia de Cristo y a todo lo que de Ella procede; la belleza radiante de una vida que se consume por entero en su servicio.

Mons. Subercaseaux amó a la Iglesia viendo refulgir sobre Ella el misterio del amor de Dios hacia los hombres.

La amó tal como brotara del costado abierto de Cristo "sin mancha y sin arruga, inmaculada y santa". Tal como naciera en Pentecostés bajo el soplo vibrante del Espíritu; Iglesia en marcha que ilumina y conquista, llevando a todas partes el Misterio del reino de Dios.

Y amó sus enseñanzas. Sacerdote y Pontífice, su misión era dar la "ciencia de salvación" al pueblo "no con palabras persuasivas de humano saber, sino con la ostensión del espíritu y la virtud".

¡La predicación de Mons. Subercaseaux! Ouien escuchaba su palabra unciosa y clara, dicha con encantadora sencillez, sentía que una brisa de Evangelio refrescaba su alma y que sus acentos se cargaban en los ecos divinos que resonaran sobre el monte de las bienaventuranzas y en las orillas del Mar de Tiberíades.

Heraldo de la Verdad, la anunció sin descanso y sin limitaciones y sobre todo evangelizó "el misterio escondido desde el comienzo de los siglos en Dios": su Iglesia.

Hacer amar la Iglesia.

Mostrarla en su belleza esplendorosa de Mística Esposa de Cristo, descubrir los misterios de vida que en Ella se encierran, tal era el tema central sobre el que giraba su predicación. Y podemos, sin exageración decir, que si una mejor comprensión de la Iglesia va penetrando entre nosotros, se debe en parte no pequeña a la encendida palabra que como espada tajante salía de sus labios.

Amó a la Iglesia en su culto, en cuya participación activa señaló el Beato Pío X "la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano" e hizo gustar las riquezas escondidas en su liturgia, donde el hombre aprende a orar a Dios en la belleza. El movimiento litúrgico de Chile, magnífica realidad hoy día, tuvo en Mons. Subercaseaux su principal propulsor. Participación inteligente y activa en los divinos oficios, sentido de comunidad cristiana que eleva en una sola voz su plegaria, destierro de las fórmulas vacías de sentido y verdadero canto que expresa al Señor en una forma digna el gemido del corazón, tal fue la acción intensa que él desarrollara entre el clero y fieles, para hacer que la "sancta plebs cristiana" hablara a su Dios con la hermosa y alegre alabanza, "jucunda decoraque laudatio" del salmista.

No era tan sólo delicado sentimiento artístico el que lo impulsaba en este trabajo, cargado de incomprendiones y dificultades; era la misión de su vida que se desarrollaba en esta obra restauradora, porque como su maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

Amó sus leyes: maestro de Derecho Canónico, enseñó a generaciones eclesíásticas el amor a la Iglesia en el cumplimiento fiel de sus disposiciones.

Amó a la Iglesia en su porción predilecta, los Seminarios. Comprendía que amar a la Iglesia es amar al sacerdocio y amar al sacerdocio es preocuparse vivamente por su reclutamiento y formación. ¡Cuánto sufría el alma católica de Mons. Subercaseaux al ver la ausencia de esta preocupación en la mayor parte de nuestros católicos de Chile y al contemplar cómo con generosidad mal entendida prestaban ayuda a obras secundarias, descuidando la primordial, en que se encierran las mejores esperanzas y el porvenir cristiano de una nación!

¿Quién podrá decir la obra trascendental realizada en el Pontificio Seminario de Santiago?

Cuando se escriba la historia eclesiástica de Chile habrá que señalar en forma eminente las orientaciones que él dio y la formación que al calor de un intenso amor a la Iglesia supo imprimir en el alma de ese clero.

Amó a la Iglesia en la hermosura de la Casa del Señor, expresión tangible de su mística unidad y Linares guardará como imperecedero recuerdo del gran Obispo, su templo Catedral.

Amó lo que la Iglesia ama: los pequeñuelos, haciéndose sencillo como los niños que acariciaba y a los cuales acercó por la Cruzada Eucarística a Jesús; a los jóvenes, promesa del mañana, infundiendo en sus almas inquietas el amor por la Iglesia; y vocaciones sacerdotales y apóstoles de la A.C. respondieron a ese llamado. Amó con ternura a los pobres, predilectos de Cristo, y fueron para ellos sus preferencias, rindiendo en su servicio la vida.

A los obreros: y sobre sus frentes hizo resonar sin claudicaciones las admirables doctrinas sociales de la Iglesia, juntando en estrecha unión las manos encallecidas del jornalero con las suyas unguadas de pastor.

Y fueron lágrimas de obreros las primeras en caer sobre sus despojos en las sierras de Condoriaco y brazos de mineros los primeros en cargar el cuerpo de su venerado Pastor.

La muerte de Mons. Subercaseaux me aparece en su realidad y en sus detalles, como un gran signo del sentir de la Iglesia en esta hora. Ella me dice, en magnífico símbolo, lo que a despecho de muchas incomprendiones y dolores, la Iglesia está realizando en el mundo y en nuestra patria: la redención proletaria. En esa mina lejana, hosca en su apariencia exterior, pero surcada de riquísimos veneros, yo veo expresarse la gran imagen del "gran escándalo del siglo XX", que dijera S.S. Pío XI, la clase obrera alejada de su Madre la Iglesia. En esas sierras ásperas y desoladas que Juan guardara como postrer imagen en sus pupilas clavadas por la muerte, veo retratarse las fatigas y dolores del trabajador moderno. Y en el Pastor bueno que avanza en medio de la noche hacia la oscura mina, yo siento la consigna de la Iglesia, que nos repite con apremio, el "id al pueblo" de León XIII, porque "la Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo" (Cardijn).

Mons. Subercaseaux amó a la Iglesia en la vida y quiso amarla en la muerte, para que al enmudecer sus labios quedara vibrando esta suprema lección: probar en nuestra adhesión plena a su enseñanza social la hondura y la amplitud de nuestro sentir católico.

Amó a la Iglesia en su Jefe Supremo y quiso como postrer homenaje que su cruz pectoral quedara como filial recuerdo en las manos del Padre Común.

Amó a la Iglesia, en un sentido profundo de romanidad. "La Roma feliz regada por la sangre de los príncipes de los Apóstoles" ejerció sobre su alma impregnada de las más puras tradiciones eclesiásticas su misteriosa atracción. Roma era para él la tierra que oculta en sus lóbregas catacumbas el fervor incontenible de los primeros siglos cristianos, la que en la época de las grandes invasiones salvara el patrimonio de la cultura antigua, la roca que ve desfilar los siglos y el centro de esa fe católica, de donde, al decir de S. Cipriano brota la "unidad del Sacerdocio". Sobre su suelo inmoló su primer sacrificio y allí dio a su existencia su definitiva orientación: amar a la Iglesia y entregarse por Ella.

Amó a la Iglesia en su trascendencia y libertad. Como un gran obispo de las Galias, comprendía que "nada ama tanto Dios como la libertad de su Iglesia" y la quiso atenta a las angustias de todo, pero desvinculada de toda amarra terrestre que pueda hacerla perder esa preciosa libertad.

Así como Dios trasciende todas las creaturas, así la Iglesia, su reino en la tierra, no se confunde con ninguna de las realidades temporales o humanas que encuentra en el curso de su historia. Ninguna civilización, ninguna clase, ninguna nación, ningún partido, podría apropiársela.

La Iglesia, prolongación de Cristo en el tiempo, tiene como El sus brazos bien abiertos para acoger sin distinción de clases ni partidos a toda la humanidad. La Iglesia tiene la misión de orientar la humanidad hacia su finalidad suprema. Y la cumple, tal como el Señor se la señaló "dando al César lo que es del César y reivindicando para Dios lo que es de Dios".

¡Qué firme era Mons. Subercaseaux en ese terreno! Y con qué celo cuidaba que esta clara distinción no se alterara, que la Iglesia se mantuviera fuera y sobre lo que divide y separa, atenta sólo a aplicar a los hombres las gracias copiosas de la Redención. La Serena y Linares dirán, como su más bello elogio, que era un pastor de almas, en el amplio y hondo sentido de la expresión.

Porque amó a la Iglesia, hízose todo para todos para ganarlos a todos para Cristo.

El signo de la Iglesia lo preparó al instante supremo. Cuatro días antes de su muerte llegaba a la Parroquia de S. Miguel y emocionado contemplaba su pila bautismal. Ahí la Iglesia lo había recibido por primera vez en su seno de Madre. El día antes de su muerte, bajaba en La Serena a visitar su sepultura. Ahí la Iglesia le daría su último abrazo maternal.

Entre estos dos grandes abrazos estaba la historia rica y breve de su vida. Juntos en el espacio de pocas horas llegaron a su mente el eco de los dos llamados: el "entra en el templo de Dios" de su bautismo, y el "descansa en paz" de su sepultura.

Y en esa paz del sábado, reposa su alma bendita, porque como su Maestro "amó a la Iglesia y se entregó por Ella".

He hablado, Sres. como ministro de Dios; perdonad que el hombre y el amigo exhalen también en esta hora su gemido. Nos amamos en el común ideal de la Iglesia. Vivimos unidos en el anhelo de darla a conocer. Fue para mí el hermano mayor en que encontré siempre fraternal comprensión. Su amistad fue don precioso que el Señor me regaló.

El tiempo, no es olvido, para los que en Cristo se amaron. Y después de diez años he tenido que serenar mi espíritu para decir estas palabras en su recuerdo, repitiendo muchas veces cuando siento que las fuerzas me faltan, las palabras sagradas del gran poeta de los infortunios de la vida: "Dominus dedit, Dominus abstulit. Sicut Domino placuit ita factum est. Sit nomen Domini benedictum". El Señor lo dio, el Señor lo quitó. Como le plugo así fue hecho. Sea bendito el nombre del Señor.

Pero la conmemoración cristiana de una vida tiene un fondo insospechado de alegría y de consuelo. No podemos permitir que la tristeza nos invada, "como aquellos que no tienen esperanza".

Porque amó a la Iglesia y se entregó por Ella, hace ya tiempo resonó para él la voz que llama desde la eternidad: "Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor".

"Fue el gran sacerdote que en sus días agradó al Señor, fue hallado justo y en el día de la ira fue hecho reconciliación".

En tus manos, Padre amantísimo, encomendamos una vez más su espíritu. Dale, Señor, reposo eterno y brille para él perpetua claridad. Fue su alma fuerte como llama, resplandezca como luz.

"No busquemos a un vivo entre los muertos". El duerme, pero su corazón vela. Imploramos su valiosa intercesión.

Sacerdote y pontífice, obrador de virtudes, Pastor bueno para tu pueblo, ruega por nosotros al Señor.

MONS. ROBERTO MOREIRA M., OBISPO DE LINARES,
ORACION FUNEBRE POR EL.
(1-IV-1958)

Refulge el misterio de la Cruz.

Sobre el mundo agitado y turbulento se levanta en estos días el gran signo de la Redención.

Es un leño que habla de muerte y es un árbol que produce vida y da vida.

(1) Mons. Moreira nació en 1896. Se ordenó sacerdote en 1920 y desempeñó su ministerio en Rancagua, donde llegó a ser Secretario del Obispado. Fue consagrado Obispo en 1941 y enviado a la Diócesis de Linares, donde permaneció hasta su muerte, el 1º de abril de 1958.

Es el símbolo del supremo dolor y de la más segura esperanza.

Para los ajusticiados fue baldón y para los que en él confían, es gloria, y porque en esa Cruz, la vida venció a la muerte y el dolor ahí se transformó en gozo perdurable como suprema plegaria, en el viejo himno de Benancio Fortunato:

“O Cruce Ave, Spes unica”.

Salve oh Cruz, Esperanza única.

Esta misma plegaria también la murmuramos nosotros en estos instantes en que sobre la Diócesis de Linares refulge el misterio de la Cruz.

El Pastor que desde hace 17 años velaba solícito esta grey, en su Dios se ha dormido como en un cojín de luna, según los versos de Mistral.

Monseñor Roberto Moreira Martínez, se ha dormido, pero en su recuerdo nos ha dejado una lección que aprender... una ruta que seguir... y una consigna a practicar.

Una lección que aprender.

Es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio. Nada lo detuvo en cumplimiento del deber y aún llegó hasta el sacrificio. En la hora presente que vive la Humanidad detengámonos a contemplar ese sepulcro que otrora constituyó momentos de dolor y que hoy es bálsamo, es consuelo cuando apreciamos esa lección del cumplimiento del deber hasta el sacrificio, es la lección que resume el cristianismo desde las Catacumbas y que en vida de Cristo fue la voluntad del Padre; que para él, esa voluntad, era el deber.

La primera lección que nos deja Monseñor es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio, es el sentido del deber que aprendió en su hogar cristiano; es el sentido del deber que constituye el patrimonio de los pueblos y que practicó a través de toda su vida sacerdotal: cuando como niño, la voz de su prelado resonó en lo más íntimo de su corazón; luego en la tierra del buen hijo; en el Maule; en las serranías y viñedos, ahí llegó sin saber qué rumbo tomar y allí iba a realizar ésta su primera lección. En Gualleco y después en El Olivar, siguió con el mismo empuje.

Es el sentido del deber llevado hasta el sacrificio y que constituye en él un verdadero monumento a ese cura de campo, a ese cura de aldea que está presente en todo y en todas partes; junto al enfermo, para enjugar sus lágrimas, junto al moribundo, para reconfortarlo; pronto a servir; preparado para el cumplimiento de su deber en todo momento y a toda hora, tanto en los crudos días de invierno, como en los calurosos de verano. Es el deber y la Cruz.

Esta su primera lección la mantuvo a través de todo su ministerio: como Capellán, como cura de aquí y de allá fue siempre el sacerdote del deber, el sacerdote de la Cruz, siempre igual. Y llegó para él, desde el Altísimo, la pesada cruz de su obispado.

En la soledad de su existencia, clamando allí, meditaba en la alta misión que se le confiaba, y lo escuchamos, para sí, en la voz del poeta: “Señor tú me has hecho poderoso y solitario”.

Así, Monseñor Roberto Moreira Martínez, forjó su vida de apóstol y con ella nos deja la lección del deber cumplido hasta el sacrificio.

Una ruta que seguir

Una ruta que seguir, es el sentido sacerdotal de una vida hecha de ardoroso servicio a los demás. Monseñor Moreira nos deja cual herencia, el ejemplo de su vida como una ruta que tenemos que seguir: “Yo no he venido a ser servido, sino a servir”, exclama, como en el precepto bíblico. Con ello, nos ha querido manifestar que todos los hombres estamos al servicio de los demás. Servir en el servicio de la Palabra. Con la palabra eterna de Dios.

La ruta que nos da la palabra de la eternidad, de paz, de amor. El con el ejemplo de su vida sobre el mundo terrenal, nos señala la ruta a seguir, el camino que enseña, el camino que orienta, el camino que nos lleva a Dios, el que nos orienta con el servicio de la palabra.

Toda su vida la dedica a servir. Busca servir y sirve en la palabra, señalando un camino, mostrando una ruta; pudiendo no ser comprendido, puede ser tergiversado y aún mal interpretado, pero nada lo detiene. Al mal no digas bien, y al bien no digas mal; con toda claridad distribuye la gracia de Dios en su palabra, para darla a los hombres que la buscan con ansias, porque gloria y placer no producen alegría y el hombre en estos momentos busca a Dios, tiene hambre de Dios, porque al ser privado de Dios, es como un lobo que tiene hambre. Monseñor es el ministro de los hombres en los campos de Gualleco, en las ubérrimas tierras de El Olivar y de Linares, una sola expresión cruza su mente: Servid, porque él distribuye el pan de Dios.

Servicio de los demás, porque va delante; porque él va conduciendo a sus feligreses según los postulados de la Iglesia... ¿a dónde? al cielo.

El lleva a la Humanidad hasta el cielo, y esa es la ruta que nos trazó Monseñor. Debemos recoger esa lección que nos indicó con esa sonrisa en sus labios cuando el sacerdote vio llegada su última hora, y aún tuvo valor para sonreír, porque con ello nos estaba trazando la ruta hacia el cielo...

Una consigna que cumplir

La consigna que cumplir es la que su lema episcopal trazara y que resume su vida:

“In omnibus Christus”, “Cristo en todas las cosas”.

Señores, para el sacerdote hay un tesoro en Cristo. Cristo es todo y Cristo está en todo. La ordenación la ha hecho Cristo para que pueda distribuir sus enseñanzas. Monseñor distribuyó igual que Cristo sus enseñanzas. Fue como Cristo, porque el eco de su palabra es el que seguirá resonando en la majestuosidad de esta hermosa Catedral de Linares.

Todo sacerdote aspira y no tiene otro anhelo que ése: que Cristo esté en todo lugar. Esa fue siempre su consigna. Que Cristo esté en todas partes y tiene que luchar por este lema en la tierra, y durante su paso por la tierra fue eso lo que hizo aquí.

Al que buscó en la tierra, al fin lo encontró, lo encontró en la soledad inmensa entre el cielo y la tierra. A ese Cristo que buscó afanosamente, allí lo encontró mientras volaba a su encuentro y, al encontrarlo, seguramente le dio a conocer las palabras de la resurrección: “Yo soy la resurrección y la vida, todo el que cree en mí vivirá”.

Una lección que aprender... una ruta que seguir... y, una consigna que cumplir, he aquí la herencia que nos deja Monseñor Roberto Moreira Martínez.

Sobre la Diócesis refulge hoy doblemente el misterio de la Cruz. Vibra aún el recuerdo de sus predecesores Monseñor Miguel León Prado y Monseñor Juan Subercaseaux, en los ámbitos de esta hermosa Catedral de Linares y allí, en breves momentos en la cripta muy bien llamada “del recuerdo” bajo este Altar, junto a ellos vivirá el recuerdo de Monseñor Roberto Moreira Martínez.

A través de los campos y montañas, de cordillera a mar en villas, aldeas y poblados hay dolor, hay angustia del corazón, pues ese pobre corazón de carne se despedaza ante el misterio de la Cruz que se celebra en estos días pero no hay que lamentar, allí también hay esperanza y misterio. Resurrección de la esperanza, pues Jesús no está entre los muertos... Si lo buscáis, Resucitó.

La muerte y la vida es precisamente lo que nos alienta, pues aunque haya dolor en las naves de este hermoso templo creemos en lo que Monseñor nos enseñó porque él, con la voz de su palabra nos alienta cuando junto a él repetimos desde los remotos tiempos, en la voz de la Iglesia:

“O Crux, Ave, Spes unica”; Salve, oh Cruz, Esperanza única.



Foto del 30 - X - 1927 (Año de su Ordenacion Sacerdotal), junto a otros seminaristas del Pio Latino Americano, de Roma

MONS. BERNARDINO PIÑERA.
EL NUEVO OBISPO AUXILIAR DE LA DIOCESIS (1)
(12-II-1958)

La Santa Sede se ha dignado nombrar obispo titular de Prusiade y auxiliar del que suscribe, en esta Diócesis de Talca, al Excmo. y Redmo. Mons. Bernardino Piñera. Al comunicar oficialmente esta noticia debo expresar mi público agradecimiento a la Santa Sede que, en esta forma, ha querido ayudar a mi modesta obra pastoral en esta amada Diócesis de Talca, designándome un Obispo Auxiliar de tan relevantes condiciones como las que adornará al nuevo electo.

Los cargos que muy contra mi natural deseo ocupó de Asesor General de la Acción Católica de Chile, Secretario Interamericano de A. C. y de segundo Vice-Presidente del CELAM, unidos a la labor siempre creciente de esta vasta diócesis, hicieron ver la necesidad de ser ayudado en esta tarea pastoral del gobierno diocesano, a fin de que tanto éste como los otros cargos pudieran ser debidamente atendidos.

En mi reciente visita a Roma consulté con la Santa Sede mi deseo de atender únicamente el gobierno diocesano de Talca, recibiendo la respuesta que se estimaba conveniente el que continuara en los otros cargos indicándome que el nombramiento de un Obispo Auxiliar sería una solución adecuada.

La Santa Sede ha procedido a nombrar en este cargo a un sacerdote lleno de las altas cualidades y virtudes como Obispo Auxiliar.

El Exmo. Mons. Piñera une a su juventud y energía la madurez de 41 años de edad. A su sólida preparación en las ciencias sagradas su amplia cultura universitaria y humanista. A su calidad de médico de las almas como sacerdote, su condición de doctor en medicina obtenido antes de su ingreso al Seminario.

Hizo sus estudios de humanidades en un Liceo de Francia, donde su familia residió por largos años y obtuvo ahí su título de Bachiller. Inició sus estudios de Medicina en la Universidad Católica de Chile, continuando hasta su terminación en la Universidad de Chile. Una vez recibido, y por mérito de sus altas notas, obtuvo una beca de estudios por un año en Ohio (U.S.A.). De regreso a Chile y después de haber ejercido su carrera brevemente, como ayudante de fisiología y médico internista, su vocación apostólica lo llevó al Seminario de Santiago. Ordenado sacerdote, ha trabajado con especial celo y competencia en la Universidad Ca-

(1) *D. M. Talca*, pág. 3.

tólica de Chile en la cual fue Vice-Rector junto al inolvidable Mons. Carlos Casanueva (2), en la Acción Católica, de la cual, entre otros cargos, fue Vice-Asesor General y en su abnegada labor social a través de su fundación en todo Chile del Hogar de la Empleada Doméstica. Por dondequiera que Mons. Piñera ha pasado ha dejado la huella de su trabajo y talento esclarecido, de su virtud profunda y de su celo incansable.

La Diócesis de Talca puede en verdad regocijarse de esta acertada elección y esperar grandes frutos de su labor apostólica en ella.

Para el que suscribe, después de veinte años de una labor episcopal ni fácil, ni leve, el nombramiento del Exmo. Mons. Piñera es un aliento poderoso para seguir ofreciendo las fuerzas que me restan a esta amada Diócesis y un nuevo título de gratitud y adhesión a su Santidad el Papa, que en esta forma nos muestra una vez más su paternal afecto y viva solicitud.

-
- (2) Casanueva Opazo Mons. Carlos. Sacerdote chileno, ordenado en 1900, después de haber hecho estudio de Leyes. Fue Director Espiritual del Seminario Pontificio de Santiago y en 1920 nombrado Rector de la Universidad Católica, cargo que desempeñó hasta su muerte; a ella llevó a Mons. Larraín. Conocido por su profundidad espiritual.



Consagrando a Mons. Piñera, junto a Santiago Bruron, Presidente entonces de la A.C. de Chile